

## LA NOVELA DE CONTENIDO HISTÓRICO DURANTE LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA

Emilia Velasco Marcos  
*Universidad de Salamanca, España*

Como es bien sabido, tras la desaparición de la dictadura franquista se inicia un proceso que supondrá una evidente evolución en todos los órdenes de la sociedad española; no pueden ser ajenas a este proceso ni la dimensión artística en general ni la literaria en particular. Aunque estos cambios fueron en algunos casos radicales, será el término arriba empleado –evolución–, el más adecuado para calificar en qué se materializó dicho proceso, frente a la revolución que unos anhelaban y otros temían.

Una de mis líneas de investigación consiste en analizar cómo se plasmaron las supuestas transformaciones sociales y culturales en el ámbito de la narrativa española en la Transición; específicamente cuáles fueron las modalidades narrativas más cultivadas. El objetivo de este trabajo es revisar los planteamientos estéticos e ideológicos que se perciben en las novelas de contenido histórico contemporáneas a la Transición.

No podemos entrar aquí en dos polémicas muy atractivas pero sempiternas: la definición de novela histórica, nomenclatura falaz donde las haya, ni en la polémica delimitación cronológica de este periodo, aunque a este respecto sí voy a mostrar mi hipótesis de trabajo. Son múltiples las propuestas de datación de esta Transición que, a pesar de haber sido bautizada con ese término que sugiere puro trámite –paso previo a no se sabía qué–, paradójicamente ha adquirido el carácter perdurable que confirman los abundantes estudios sobre cómo se desarrolló, cuáles fueron los elementos que le dieron sentido, quiénes fueron y cómo procedieron los principales actores del momento.

Los límites de inicio y fin de este periodo no cuentan con la conformidad de historiadores, politólogos, sociólogos, periodistas o políticos, y aún se enmaraña más el intento de acotar las fechas si se añade el hecho de que esporádicamente se viene reclamando –a derecha e izquierda– la necesidad de una *segunda transición*<sup>1</sup>, en cuyo planteamiento queda implícito que la transformación deseada no ha culminado: la primera transición se encontraría aún vigente, pero desactivadas sus posibilidades generadoras de musculatura democrática; o bien se hace necesario retomar aquel proceso cuya esencia fue traicionada una vez superado el momento transicional, según otros.

Situaremos el límite temporal primero en 1975 como fecha emblemática que al mismo tiempo clausura e inaugura dos convulsos periodos en la historia de España. Para fijar el otro extremo cronológico nos sumamos a los que lo han hecho en el año 1986; en nuestro caso convocando dos criterios diferenciados: el que da cuenta de las fases de entidad política y social que se van superando y, por otra, el basado en parámetros literarios. En el aspecto sociopolítico es fundamental el concepto de *consolidación democrática*, expresión prácticamente ineludible en cualquier reunión o investigación<sup>2</sup> que se centre en este momento histórico; terminología que encierra la certidumbre de

---

<sup>1</sup> Planteamiento conservador es el de *España. La segunda transición*, del expresidente del gobierno español José María Aznar (1994); enfrente tenemos la constante minusvaloración que una parte de la izquierda exhibe reiteradamente de lo alcanzado por la sociedad española en ese periodo. Esta perspectiva negativa se ha acentuado con los movimientos de izquierda que surgieron tras la movilización social 15M de 2011.

<sup>2</sup> Congreso Internacional de Historia de la Transición y Consolidación democrática (1975-1986), recogido por Javier Tusell y Álvaro Soto (1996); o “Los retos de la consolidación democrática, 1979-1982”, título que Powell

que aspectos prioritarios como el sistema de partidos habían sido asimilados. Es más, España podía soportar una legislatura socialista completa (1982-1986) sin que los augurios de nuevos traumas nacionales tuvieran lugar.

Quede pues aquí mi convicción de que, a pesar de los pretendidos *cajones preñados*, cuyo alumbramiento muchos escritores anunciaban para cuando terminara la dictadura, acusaron un alto índice de partos frustrados, también se percibe una amplia nómina de textos de estimable calidad. Es por esto que, ateniéndome al criterio meramente literario, advierto que a la altura de la mitad de los años ochenta, y concretamente entre 1984 y 1986, hacen su aparición una serie de novelas que interpreto como la evidencia de que se han superado las apreciables limitaciones que mostraba la narrativa española anterior y el género se adentra en un tiempo en el que se manifiesta una vinculación realidad/arte bajo nuevas concepciones ideológicas, culturales y sociales. Dejo aquí alguno de los títulos más destacados en la modalidad histórica en aquellos años. De 1984 son: *El insomnio de una noche de invierno* de Eduardo Alonso; *El lugar del aire* de Carlos Pujol; *Mansura* de Félix de Azúa; *El himno de Riego* de José Esteban; *Trilogía de Madrid, Memorias* de Francisco Umbral; *Los jinetes del alba* de Jesús Fernández Santos; *Coto vedado*, de Juan Goytisolo. De 1985: *Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402)*, de José Jiménez Lozano; *Los papeles de Flavio Alvisi*, de Raúl Ruiz. En 1986: *La ciudad de los prodigios* de Eduardo Mendoza; *Beatus ille* de Antonio Muñoz Molina; *En los reinos de Taifa* de Juan Goytisolo; *Historias de una historia* de Manuel Andújar –escrita en el 73, pero censurada y solo publicada íntegramente en esta fecha–; *El oro de los sueños* de José María Merino; primer título de las *Crónicas mestizas* –que se completan con *La tierra del tiempo perdido* (1987) y *Las lágrimas del sol* (1989)–; *El testimonio de Yarfoz* de Rafael Sánchez Ferlosio, y *Luna de lobos* de Julio Llamazares.

También en otras modalidades narrativas encontramos títulos que darían cuenta de esta nueva situación de la ficción española. Habría que destacar en 1984 las novelas: *La rosa de Alejandría* de Manuel Vázquez Montalbán; *Ronda del Guinardó* de Juan Marsé; *Acrópolis* de Rosa Chacel, y *La media distancia* de Alejandro Gándara. En 1985: *La orilla oscura* de José María Merino y *La sonrisa etrusca* de José Luis Sampedro. Y en 1986: *Arcángeles*, de Lourdes Ortiz; *Opium*, de Jesús Ferrero; *Poundemonium*, de Julián Ríos; *El hombre sentimental* de Javier Marías, y *La fuente de la edad* de Luis Mateo Díez.

La atracción por este periodo no solo está circunscrita a la esfera de la investigación histórica y sociológica –transitología lo ha llamado algún investigador<sup>3</sup>–, sino que es notoria en la ficción narrativa, tanto la que surgía acompasadamente a los fenómenos políticos y sociales como la mirada desde un tiempo posterior. Por citar un original modo de hacer puntual crónica novelada del más rabioso presente, recuérdese a Ramón J. Sender y su valleinclanesco relato sobre el golpe de Estado del teniente coronel Tejero el 23 de febrero del 81; no cabe mayor inmediatez a los hechos que los narrados en *Chandrió en la plaza de las Cortes*: el libro sale en octubre del 81. Lección de dominio de la ironía, sátira y parodia, dentro de su despliegue humorístico encontramos párrafos de una dramática lucidez: “Por qué han de ser los españoles de los dos últimos siglos tan violentamente irresponsables?” (Sender 1981: 94) o “Siempre los débiles [haciendo paradójicamente alusión a los golpistas] quieren retroceder porque avanzar por la selva virgen del mañana es más difícil que regresar sobre los propios pasos ya sabidos” (90). Del mismo año 1981 y manteniendo un tomo muy similar al del Sender es la novela de Ayerra, *Los terroristas*. Y del 81 es también otro texto paródico sobre el afán de eternidad

---

(2001) da a uno de los capítulos de *España en democracia, 1975-2000*; o Anna Balletbò (ed. 1994) en *La consolidación democrática en América Latina*.

<sup>3</sup> Ante la abundancia de estudios sobre el fenómeno de transición entre regímenes, y específicamente desde formas de gobierno autoritarias hacia conformaciones de mayor o menor hondura democrática, algún investigador ha llegado a acuñar el término “transitología”. Aunque desconozco si fue el primero en hacerlo, Ph. C. Schmitter titula su estudio sobre los procesos hacia la democracia “La transitología: ¿ciencia o arte de la democratización?”, en Anna Balletbò, ed. (1994). Incluso nos encontramos con derivados de ese neologismo en trabajos como el de J. Santiuso (1997), “Sobre la condición histórica de los transitólogos en América Latina y Europa central y oriental”.

del dictador y la dictadura en *Lo que es del César*, de Juan Pedro Aparicio; texto en el que la pervivencia del tirano se confía a una suerte de Santo Grial que contendrá su cerebro.

No es extraño que diversos momentos históricos –Guerra Civil, posguerra y Transición– aparezcan unidos narrativamente en una suerte de elucidación sobre los derroteros del país –*Beatus Ille* de Antonio Muñoz Molina (1985) sería un gran ejemplo–; narraciones estructuradas a través de peripecias individuales –de seres reales o ficticios, históricos o anónimos– en las que a menudo los personajes adoptan el sentido de estereotipos nacionales: desde el falangista reconvertido de *La muchacha de las bragas de oro* (1978), de Marsé hasta, en el otro extremo ideológico, el militante comunista en conflicto no solo con el régimen dictatorial sino con sus propios correligionarios en la *Autobiografía de Federico Sánchez* (1977), pero también en *Federico Sánchez se despide de ustedes* (1993), ambas de Jorge Semprún y, esta última alejada ya en más de una década del marco cronológico al que se limita este estudio, pero poseedoras ambas de un innegable carácter de memorias generacionales de aquellos que lo arriesgaron todo por una ideología –en el caso de Semprún el comunismo– y tuvieron que ver cómo los pretendidos guardianes de las esencias de ese dogma fueron segando la hierba bajo los pies de los más acendrados militantes.

Las memorias más o menos noveladas cuentan con otros notables ejemplos; quizá sea Juan Goytisolo, y sus sabrosas *Coto vedado* (1984) y *En los reinos de Taifa* (1986), polémicas en el propio ámbito familiar, las que merezcan mayor atención.

En cuanto a novelización de la Guerra Civil, en 1983 inicia Benet el proyecto *Herrumbrosas lanzas* en una interpretación del hecho bélico que él quiso tuviera un sesgo decimonónico: “Hace tiempo que quería hacer una novela decimonónica” le confía a Fietta Jarque (1985), con motivo de la aparición de la segunda parte de la obra. Y efectivamente, lo exhaustivo del relato, el seguimiento del conflicto y la caracterización de sus protagonistas así lo indican, pero Benet, siempre es fiel a su estilo y su propuesta no es la más cómoda para un lector medio. Al año siguiente aparecen *Los jinetes del alba*, de Fernández Santos (1984), que a través de personajes magistralmente dibujados nos da a conocer el ambiente de España entre 1934 y 36. Son historias de amor y muerte en torno a la Guerra Civil y en el paisaje de la provincia de León.

En este contexto se hace necesario recordar la clarificadora reflexión que sobre nuestra historia deja Delibes en *Las guerras de nuestros antepasados*, en 1975. Ese retrato de tres generaciones de españoles que han tenido su guerra y educan al protagonista, Pacífico Pérez, en la asunción de que así será también en su caso. Una vez más en su trayectoria nos muestra, a modo de dicotomías irreconciliables, temas de calado histórico, cultural, sociológico y hasta antropológico: belicismo/pacifismo, individualismo/ alienación, instinto/inculturación. También realizó Delibes su propia crónica de la transición; no de otro modo puede leerse *El disputado voto del señor Cayo*, este hombre primigenio y profundamente sabio, por cuyo voto se enfrentan, en una aldea prácticamente deshabitada, candidatos de diversas ideologías –se publica el mismo año en el que los españoles tienen que decidir si aprueban la constitución, 1978–; para esos políticos resulta imprescindible su voto, pero él no los necesita para nada; en el orden de cosas que afecta a lo estrictamente vital, el campesino posee armas de pura antropología que lo hacen superior a los urbanitas en un hipotético colapso mundial.

En la extensa nómina de ficciones históricas se evidencia la interpretación política; novelas que asumían la nueva libertad y optaban por una temática de tinte ideológico, a veces desarrollada técnicamente a medio camino entre la ficción y el documento; así se deja leer la ya mencionada *Autobiografía de Federico Sánchez* de Semprún, pero también el testimonio de las condiciones que dan aliento al terrorismo etarra en *Lectura insólita de El Capital*, de Raúl Guerra Garrido (1976). La economía aparece también como válido eje narrativo para desentrañar la Historia, desenmascarando los intereses espurios que acompañan al proceso político en títulos adscritos al género criminal, como *Demasiado para Gálvez* (1979), de Martínez Reverte, que narra la investigación, que acaba en trama detectivesca, del periodista Julio Gálvez sobre el escándalo de una estafa con importantes personajes franquistas implicados, en un tiempo muy localizado, 1973, alrededor del asesinato de Carrero Blanco.

El autor llama caso Serfico al escándalo que recuerda el histórico caso Sofico. La investigación acaba en fracaso porque la situación política no ofrece otra salida.

Reparemos en aquellos textos cuyos protagonistas se incardinan perfectamente con el espíritu que trajo consigo el proceso de cambios al que llamamos Transición; pongamos como ejemplo a la mujer que lucha por derechos que le son hurtados en una suerte de confabulación masculina que impedirá su acceso al poder; no otra cosa ocurre en *Urraca* (1982), de Lourdes Ortiz, sobre la reina medieval castellana de ese nombre; o, siguiendo en la esfera de lo femenino, tengamos en cuenta *Extramuros* (1978), de Jesús Fernández Santos. Una monja cansada de injusticias y miseria manipulará el fanatismo religioso que aquí se contextualiza en el Siglo de Oro –estigmas y demás parafernalia– para tomar las riendas de un escenario en el que las mujeres solían ser una parte del decorado, no personajes trascendentes. En otro orden de cosas, esta novela se presenta como uno de los escasos ejemplos de amor lésbico de nuestra literatura hasta aquel momento. Aunque el propio autor se plantea los límites del carácter histórico de su obra y su proyección sobre el presente –bien entendido que esa no es su prerrogativa, sino la de sus lectores–, no puede evitar dejar este comentario: “[...] eso es lo que yo espero y deseo: entender mejor el mundo en torno a mí, comprenderme mejor a mí mismo y contar esa experiencia a los demás con un sonido no demasiado grave, a medias entre el humor y el dolor, entre el temor y la esperanza” (1978).

Sigamos en el pasado más lejano; no faltan títulos notables con planteamientos formales y temáticos muy diversos; *La novia judía* y *Fátima*, de 1977 y 1979, respectivamente; ambas de Leopoldo Azancot, que en una entrevista con Rosa M. Pereda reconoce que su objetivo ha sido “la asunción del pasado que nos corresponde y hemos olvidado: lo árabe y lo hebraico” (Pereda 1977); *Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402)*, de José Jiménez Lozano, también asume ese pasado, el de las dificultades del pueblo hebreo en el final de la Edad Media. Y en el ámbito medieval se sitúan *El rapto del santo Grial* (1984), de Paloma Díaz-Mas y *Mansura* de Félix de Azúa (1984), así como las falsas, pero perfectamente *documentadas*, aventuras de Juan de Olid al servicio de Enrique IV, en *En busca del unicornio* (1987), de Eslava Galán, todas ellas ejemplifican variadas y sugerentes propuestas pseudohistóricas y/o míticas que enriquecen esta modalidad y colaboran a la inmarcesible polémica de la definición del género.

Y para acercarnos a un pasado más cercano y probadamente histórico, reconozcamos la voluntad de José Esteban de forjar en *El himno de Riego* un personaje destruido por su fidelidad a la constitución a inicios del XIX, y que parece tener algo que decir al español que se halla en tránsito histórico a finales del XX. Es la historia del militar liberal que espera su ajusticiamiento defendiendo apasionadamente sus planteamientos ideológicos y lamentando lo que el fin del trienio liberal va a suponer para España: volver a modos y maneras absolutistas que parecían haber sido superadas entre 1820 y 1823; trama esta que no puede por menos que retrotraer a los lectores de mitad de los 80 a lo que pudo ser, y afortunadamente no fue, tras el fracasado golpe de Estado de 1981: el riesgo de involución está siempre presente, por lo que, más que con la fuerza de las armas, hay que armarse con un consistente bagaje ideológico y hay que inyectarlo en la mayoría de la población; de otro modo estamos abocados al eterno retorno de los tiranos. Dice José Esteban:

Me di cuenta, en lo que se refiere concretamente a ese episodio de la historia española considerado aislado, y también *considerado en relación con la actualidad histórica de España*, que existe, en general, una enorme ignorancia al respecto. Una ignorancia que implica la falta de una conciencia histórica que no puede obtenerse sino mediante la depuración de la versión oficial de la historia (1990: 60, cursivas mías).

Si se trata de cuestionar la versión oficial de la historia debemos hablar de Carlos Rojas, que nos sitúa precisamente en el escenario que se auguraba en *El himno de Riego*: han vuelto la violencia y la involución. Rojas se sirve de dos hitos históricos para dar la versión de la literatura sobre ellos y sus peripecias vitales: Lorca y Primo de Rivera en *El ingenioso hidalgo y poeta Federico García Lorca asciende a los infiernos* (1980) y en las *Memorias inéditas de José Antonio* (1977), respectivamente. Y de cuestionar versiones oficiales y dejar en evidencia la brutalidad, abusos de poder y errores judiciales va *El crimen de Cuenca* (1979), de Lola Salvador Maldonado, que convierte en novela su

guion de la película dirigida por Pilar Miró; prohibida hasta 1981 porque se hacía evidente la proyección sobre el momento contemporáneo de la actuación de la Guardia Civil y la justicia en unos brutales hechos ocurridos a principios del siglo XX<sup>4</sup>. En esa misma línea, Ramiro Pinilla deja constancia en su biografía novelada de *Antonio B. el Rojo* (1977)<sup>5</sup> de las lamentables condiciones de vida que sufría el pueblo en un pasado no tan lejano –“el gran pecado de Antonio es que tenía hambre” (2007: 11)–, la brutalidad como modo de afirmación de la autoridad –en el cuartelillo de la Guardia Civil “le molían a culatazos e incluso llegaron a clavarle alfileres en las uñas” (11)– en la persona del desarrapado Antonio Bayo “el Ruso”, desafortunado personaje real que deja en el lector un acre sabor a fatalidad histórica. El prólogo de Pinilla a su edición de 2007 sirve de magnífico testimonio de los temores que esta diáfana exposición de la realidad histórica producía en el ámbito editorial a la altura de la mitad de los setenta: “Planeta y Plaza & Janés me aseguraron que mi libro jamás podría ser publicado en España” (2007:13).

Planteamientos estéticos muy diferentes son los que rigen en la que se ha sido llamada *novela histórica imaginaria*, alejada de la verdad histórica, pero construida sobre una arquitectura verosímil; modalidad en la que ejerció magisterio Raúl Ruiz en su ciclo de Taormina iniciado en 1980. Es radicalmente injusto el olvido que en el panorama literario presente cubre su regocijante –y apócrifa– versión de la historia y, sobre todo, su ingenio narrativo.

Para completar este panorama, habría que dejar constancia de la presencia de aquellas novelas que cuentan una historia reconstruida desde la nostalgia por la España franquista. Aunque menos representado que el punto de vista ideológico diametralmente opuesto, cuenta con los emblemáticos títulos de Fernando Vizcaíno Casas –*Y al tercer año resucitó* (1978), o *Isabel, camisa vieja*, (1987)–. Su interpretación de las novedades políticas y sociales es cáustica, no ya desde una interpretación conservadora de la historia, sino nítidamente franquista. No muy alejado de este planteamiento encontramos el de Fernando Díaz-Plaja en *El desfile de la victoria* (1976).

En definitiva, ¿por qué la novela histórica y sus variantes –novelización de la historia e historia novelada– fueron tan cultivadas en aquel momento? Sin duda este fenómeno es coherente con la recuperación de la narratividad en un tiempo en el que se simplifican los aspectos estructurales del relato, si tomamos como referencia la llamada narrativa experimental de finales de los sesenta y parte de los setenta<sup>6</sup>. Ese regreso al gusto por el relato va muy unido a la atracción por la narración de aventuras de toda índole, donde el discurso histórico va a ser un gran aliado. Por otra parte, la estrecha unión que desde el origen del género narrativo se dio entre historia y ficción convierte en natural el repunte de esta modalidad en la Transición. Este no sería más que un momento de recuperación cíclica del fenómeno. En la vuelta al gusto por narrar, más allá de veleidades formalistas, y en la capacidad regeneradora del relato histórico se centra Ignacio Soldevila-Durante en un breve y perspicaz artículo en el que se hace eco de esta “moda histórico-novelesca” (1989: 8). Reseñable es esa capacidad que atribuye el investigador al relato histórico para renovar la novela y salvarla de un declive continuado cuyo inicio él sitúa en el siglo XVIII y cuya índole estaría en un vaciamiento de otro contenido que no sea el arte literario mismo, “reducida a un arte de la expresión verbal o escrituraria, sin referente alguno exterior a ella misma” (Soldevila-Durante 1989: 8). Es muy precisa su afirmación sobre el papel de la modalidad que nos ocupa: “Mientras periódicamente logre salir a flote y tomar bocanadas de oxígeno histórico, la novela podrá mantenerse entre dos aguas. Como Anteo, la novela recobra energías cuando vuelva a hacer pie en sus orígenes históricos” (8).

Otra conjetura compatible y hasta complementaria de las anteriores sería que el gran predicamento de este tipo de relato en aquellos años está en que el momento histórico ofrecía la posibilidad de interpretar el pasado no solo desde múltiples planteamientos estéticos sino sobre todo

---

<sup>4</sup> En mayo de 2019 apareció el documental *Regresa el Cepa*, dirigido por Víctor Matellano, en el que se analiza la trascendencia que tuvo esta historia en una España con evidentes reminiscencias franquistas.

<sup>5</sup> Reeditado por Tusquets en 2007 con nuevo título, *Antonio B. el Ruso, ciudadano de tercera*, nuevo prólogo del autor, y restaurados los datos que habían sido enmascarados para evitar problemas al protagonista.

<sup>6</sup> Aunque algunos convencidos de este formalismo literario encontremos superado su periodo de mayor impulso: como Julián Ríos y Miguel Espinosa, entre otros.

ideológicos, a la atrayente sombra de las nuevas libertades. Así pues, sería también la nueva situación sociohistórica la que favoreciera el resurgir de esta modalidad narrativa. En la desbordante nómina de títulos que se acogen a ella se hace evidente la necesidad de recontar el pasado sin las cortapisas de la censura, ni estética ni ideológica; sin límites exógenos ni endógenos –los derivados de la autocensura a la que todo creador es proclive en condiciones de riesgos para la propia libertad–.

Habremos esgrimido las principales razones de la llamativa producción narrativa de temática histórica que se aprecia en España en la Transición, si a todas las anteriores premisas sumamos su éxito internacional en la pluma de autores como Marguerite Yourcenar, buena parte de los más reconocidos narradores hispanoamericanos y, sobre todo, el éxito de Umberto Eco con *Il nome della rosa* en 1980.

Sirvan como cotejo del abundante cultivo de este subgénero algunos intentos de cuantificar el fenómeno. Suele tratarse de recuentos de los que no se puede inferir más que un rigor relativo; en los que no se pretende la exhaustividad, sino el dato aproximado. En el curso de verano que sobre este género dirigí en la Universidad de Salamanca en 1993, Sanz Villanueva nos proporcionó cinco profusas páginas con más de doscientos títulos fruto de una selección de entre los de modalidad histórica publicados desde 1971. Otros intentos ponderadores los encontramos en estudios como el de Mar Langa Pizarro (2004) que constata cómo entre 1975 y 1982 eran más de ciento setenta novelas las que se centraron en la Guerra Civil; en tanto que María del Pilar Palomo encuentra “sin ningún criterio exhaustivo, más de cincuenta títulos significativos” (1990: 80) de modalidad histórica de entre la narrativa española publicada entre 1975 y 1988. Al entrar al detalle que ofrece cada testimonio se aprecia que, sin dejar de ser abundante en todos los casos, el número de obras varía no solo según la exhaustividad de la búsqueda, sino según los criterios definatorios del género y la relevancia que los autores de los títulos compilados han tenido en la literatura española.

Sirva como reflexión final la certeza de que más allá de lo complejo de esta modalidad narrativa, más allá de consensos y disensos sobre la limitación cronológica de la Transición, es indudable que la novela de contenido histórico tuvo presencia y sentido en aquel crucial momento de la historia de España. Esa presencia toma la forma de crónica, biografía, memoria (y memorias) noveladas de diversos periodos históricos –incluso del propio proceso transicional–, y se servirá tanto del rigor documental como de la libre interpretación y hasta de la fantasía histórica y el mito; pero lo que le otorga indudable entidad es la frecuente proyección de concepciones ideológicas, sociológicas y culturales del texto de carácter histórico sobre el contexto contemporáneo. En palabras de Fernández Santos: “Yo no trato temas eternos en versión cotidiana, sino, por el contrario, la vida, que en mis obras se acaba transformando e intenta rebasar cualquier límite de espacio o tiempo” (1978).

## Bibliografía

ALONSO, Eduardo (1984): *Insomnio de una noche de invierno*. Barcelona: Anagrama.

APARICIO, Juan Pedro (1981): *Lo que es del César*. Madrid: Alfaguara.

AYERRA, Ramón (1981): *Los terroristas*. Barcelona: Planeta.

AZANCOT, Leopoldo (1977): *La novia judía*. Barcelona: Planeta.

— (1979): *Fátima*. Barcelona: Argos Vergara.

AZNAR, José María (1994): *España. Segunda transición*. Madrid: Espasa Calpe.

AZÚA, Félix (1984): *Mansura*. Barcelona: Anagrama.

- BALLETBÒ Anna (ed.) (1994): *La consolidación democrática en América Latina*. Barcelona: Hacer.
- BENET, Juan (1983-1986): *Herrumbrosas lanzas*. Madrid: Alfaguara.
- DELIBES, Miguel (1975): *Las guerras de nuestros antepasados*. Barcelona: Destino.
- (1978): *El disputado voto del señor Cayo*. Barcelona: Destino.
- DÍAZ-MAS, Paloma (1984): *El rapto del santo Grial*. Barcelona: Anagrama.
- DÍAZ-PLAJA, Fernando (1977): *El desfile de la victoria*. Barcelona: Argos.
- ESLAVA GALÁN, Juan (1987): *En busca del unicornio*. Barcelona: Planeta.
- ESTEBAN José (1990): “Realidad y fantasía en la literatura”, en *Narrativa española actual*. Ciudad Real: Universidad de Castilla-La Mancha, pp.57-63.
- (2008): *El himno de Riego*. Madrid: Rey Lear.
- “*Extramuros*, nueva novela de Jesús Fernández Santos. Una historia de amor heterodoxo”, disponible en: <[https://elpais.com/diario/1978/12/05/sociedad/281660415\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1978/12/05/sociedad/281660415_850215.html)> (30-10-2019).
- FERNÁNDEZ SANTOS, Jesús (1984): *Los jinetes del alba*. Barcelona: Seix Barral.
- GOYSOLO, Juan (1984): *Coto vedado*. Barcelona: Seix Barral.
- (1986): *En los reinos de Taifa*. Barcelona: Seix Barral.
- GUERRA GARRIDO, Raúl (1976): *Lectura insólita de El Capital*. Barcelona: Destino.
- JARQUE, FIETTA (1985): “Juan Benet busca en ‘Herrumbrosas lanzas’ las raíces de la guerra civil española”, disponible en: <[https://elpais.com/diario/1985/03/23/cultura/480380403\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1985/03/23/cultura/480380403_850215.html)> (30-10-2019).
- JIMÉNEZ LOZANO, José (1985): *Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402)*. Barcelona: Anthropos.
- LANGA PIZARRO, Mar (2004): “La novela histórica española en la transición y en la democracia”, en *Anales de Literatura Española*, n.º 7, pp. 107-120.
- MARSÉ, Juan (1978): *La muchacha de las bragas de oro*. Barcelona: Planeta.
- MARTÍNEZ REVERTE, Jorge (1979): *Demasiado para Gálvez*. Barcelona: Debate.
- MATELLANO, Víctor (Dir.). *Regresa el Cepa*. Begin Again Films, 2019.
- MUÑOZ MOLINA Antonio (1985): *Beatus Ille*. Barcelona: Seix Barral.
- ORTIZ, Lourdes (1982): *Urraca*. Madrid: Debate.
- PALOMO, M<sup>a</sup> del Pilar (1990): “La novela histórica en la narrativa española actual”, en *Narrativa española actual*. Ciudad Real: Universidad de Castilla-La Mancha, p. 80.
- PEREDA, Rosa María (1977): “Leopoldo Azancot, o la novela como misterio”, disponible en: <[https://elpais.com/diario/1977/07/15/cultura/237765601\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1977/07/15/cultura/237765601_850215.html)> (30-10-2019).

- PINILLA, Ramiro (2007): *Antonio B. el Ruso. Ciudadano de tercera*. Barcelona: Tusquets.
- POWELL, Charles (2001): *España en democracia, 1975-2000*. Barcelona: Plaza & Janés.
- ROJAS, Carlos, (1977): *Memorias inéditas de José Antonio*. Barcelona: Planeta.
- (1980): *El ingenioso hidalgo y poeta Federico García Lorca asciende a los infiernos*. Barcelona: Destino.
- RUIZ, Raúl (1980): *El tirano de Taormina*. Madrid: Hiperión.
- SALVADOR MALDONADO, Dolores (1979): *El crimen de Cuenca*. Barcelona: Argos Vergara.
- SANTIUSO, J. (1997), “Sobre la condición histórica de los transitólogos en América Latina y Europa central y oriental”, en *Foro internacional*, vol. 37 n.º 3, pp. 408-438.
- SCHMITTER, Ph. C. (1994): “La transitología: ¿ciencia o arte de la democratización?”, en Anna Balletbò (ed.), *La consolidación democrática en América Latina*. Barcelona: Hacer, pp. 32-52.
- SEMPRÚN, Jorge (1977): *Autobiografía de Federico Sánchez*. Barcelona: Planeta.
- (1993): *Federico Sánchez se despide de ustedes*. Barcelona: Tusquets.
- SENDER, Ramón J. (1981): *Chandrío en la plaza de las Cortes*. Barcelona: Destino.
- SOLDEVILA-DURANTE, Ignacio (1989): “Esfuerzo titánico de la novela histórica”, en *Ínsula*, 512-513, p. 8.
- TUSELL, Javier y Álvaro SOTO (1996): *Historia de la transición 1975-1986*. Madrid: Alianza.
- VIZCAÍNO CASAS, Fernando (1978): *Y al tercer año resucitó. Novela de historia-ficción*. Barcelona: Planeta.
- (1987): *Isabel camisa vieja*. Barcelona: Planeta.